

Tras cornudo, apaleado

Todos perdemos con este escándalo.

Por: Gustavo Berganza

Me da pena ver al presidente Colom más gangoso e inseguro que nunca. Le endilgan a él y a su esposa un asesinato que, sinceramente les digo, no creo haya sido ordenado desde la Casa Presidencial. Sin embargo, en vez de tomar las decisiones que bien podrían ayudarle a obtener la exculpación mediática -que es la única que cuenta en este país tan corroído por la impunidad-, el ingeniero Colom a cada movimiento que hace, más se embarra con el fango de la duda y la pérdida de legitimidad.

El Presidente pierde de vista que si bien ganó las elecciones a pesar de perder en la capital, es este distrito el que decide la viabilidad de los gobiernos. En este sentido, le hubiera resultado más eficiente exhibirse junto a Álvaro Arzú en el balcón del Palacio en vez de haber dilapidado Q280 mil para acarrear a los 280 y pico alcalditos que el pasado lunes le juraron amor eterno.

El otro error del Presidente, que desdice su sinceridad de propiciar una investigación independiente del caso Rosenberg-Musa, es haberse reunido con el Fiscal General a puerta cerrada. ¿Dónde está la visión estratégica de sus brillantes asesores? ¿De verdad piensan que el dinero que dilapidan diariamente en propaganda basta para controlar el daño que ocasionó el escándalo y que eso hace innecesario cuidar las apariencias?

Colom, con todo lo inteligente que es, no entiende que en un sistema como el guatemalteco la figura presidencial debe ser protegida a toda costa, porque su descrédito y pérdida de legitimidad pueden hacer colapsar al sistema. No hay posibilidad, como sucede en los regímenes parlamentarios de reemplazar a un jefe del gobierno impopular mediante una simple votación en el Congreso. Para evitar que el sistema se funda, el Presidente debe dejar que los fusibles se quemen, es decir, hacer que ministros, secretarios y asesores asuman el costo de los errores. ¿Pero qué es lo que ha hecho el Presidente? Exponerse él mismo a la crítica al defender a Gustavo Alejos. Y lo que es peor, la Primera Dama, a quien la prensa nacional y las clases medias y altas capitalinas aman odiar, en vez de retirarse a un discreto segundo plano, asume el comando de la primera línea de ataque contra los adversarios del Gobierno con lo cual acarrea más animadversión contra su marido.

Es innegable que uno de los efectos de esta crisis ha sido paralizar al Gobierno. La reforma tributaria ha sido ya enterrada, con lo cual al régimen no le queda más que recortar gastos para financiar el presupuesto. Y esto dificulta contar con los recursos necesarios para afrontar la depresión económica que se avizora. Esos habitantes de zonas marginales que apoyan al Gobierno probablemente cuando se cierren los comedores solidarios y Mi Familia Progresas suspenda las transferencias condicionadas, no dudarán en sumarse al coro que hoy exige la renuncia de Colom.

No sé quién provocó esta crisis, pero estoy plenamente convencido de que todos -salvo los dueños del país- padeceremos la parálisis en que está sumido el gobierno de Álvaro Colom.